

EDITORIAL

LA VALORACION POLITICA DE LOS ACUERDOS Y LA DEMOCRATIZACION

A raíz de la conmemoración del tercer aniversario de la firma de los acuerdos de paz se han producido una serie de pronunciamientos y declaraciones de diversos actores políticos y sociales valorando su alcance histórico, su grado de cumplimiento o incumplimiento y las posibilidades reales que se han abierto para transitar y consolidar el proceso de pacificación y democratización.

En estas manifestaciones se encuentran todo tipo de interpretaciones y valoraciones, desde posiciones optimistas que sobrevaloran el alcance, los contenidos y los logros de los acuerdos, hasta las pesimistas que expresan un desencanto con el proceso y minimizan lo que se ha logrado y lo que se puede lograr en función de avances hacia una real democratización. Entre estas dos posiciones extremas se decanta una tercera posición, más realista pero no por ello menos crítica, que si bien reconoce lo positivo de las transformaciones que han propiciado los acuerdos -sobre todo a nivel político- sostiene la necesidad ya no sólo de terminar de darle cumplimiento exacto a lo pactado, sino de avanzar más allá de los mismos realizando acciones tendientes a superar la injusticia estructural, raíz última de la crisis que sacude al país. Para esta posición —que es la que compartimos nosotros— todavía hace falta mucho por hacer y por cambiar, si se analiza el proceso desde la situación e intereses objetivos de las mayorías populares y no desde intereses sectoriales, partidistas o personales.

La posición optimista, que la sustentan sectores de la derecha política y económica y ciertos sectores pragmáticos de izquierda, interpreta los acuerdos y su cumplimiento como el paso no sólo de la guerra a la paz, sino también como el paso de una sociedad dividida a una sociedad integrada, de una sociedad excluyente a una sociedad pluralista, de una sociedad marginadora a una participativa, de una sociedad de rechazo o intolerancia a una de pertenencia o tolerancia. El marco básico de la democracia se habría alcanzado y solo restaría ir eliminando ciertos núcleos de autoritarismo, corrupción e impunidad, a través del fomento del estado de derecho, el fortalecimiento de las instituciones jurídicas y políticas que han surgido a raíz de los acuerdos y la difusión de una cultura de tolerancia, pluralismo y concertación.

De tal forma, se ha logrado una situación que no justifica posiciones "radicales" o "antisistema" y todos los actores sociales y políticos deben evitar la confrontación y todo lo que pueda desestabilizar o crear situaciones de ingobernabilidad. Las manifestaciones y movilizaciones del movimiento popular organizado deben evitarse y los partidos políticos deben aceptar las reglas básicas de funcionamiento del sistema tratando de realizar una oposición "constructiva" sobre la base de críticas que no pongan en cuestión el modelo de dominación y exclusión que opera realmente tras las apariencias democráticas del sistema político.

La postura pesimista, operante en la conciencia de muchos ex-combatientes del FMLN, miembros de las comunidades de las zonas ex-conflictivas y en las bases y ciertas dirigencias del movimiento popular organizado, se caracteriza por el desencanto y la convicción de que doce años de guerra, miles de asesinados y desaparecidos por las fuerzas gubernamentales y la entrega desinteresada y solidaria de muchos que murieron por su compromiso y participación en la lucha revolucionaria, no han servido prácticamente para nada, al mantenerse y profundizarse la desigualdad y la pobreza, como resultado de un régimen económico orientado a la concentración de la riqueza en una minoría elitista.

Ello determina el desencanto con la actual "democracia" salvadoreña, que ni siquiera en términos políticos-formales cumple los requisitos como tal al propiciar una tendencia hacia la concentración del poder político en un sólo partido y la disolución y/

o ausencia de una oposición de izquierda fuerte que le haga contrapeso o la neutralice.

La continuación de las violaciones a los derechos humanos, la impunidad y la corrupción en el sector público y privado, la falta de espacios de participación y expresión para los sectores populares y la persistencia del accionar de los escuadrones de la muerte y de los asesinatos de carácter político, en el marco de una escalada de violencia vinculada al crimen organizado y a la delincuencia común, serían otros tantos elementos que vendrían a cuestionar el carácter democrático del régimen político que se ha implantado después de la firma de los acuerdos de paz.

La postura realista, si bien reconoce el valor histórico de los acuerdos de paz y la importancia de los cambios que han promovido, los considera insuficientes y no tan profundos y trascendentales como los quiere hacer aparecer la propaganda oficial y el discurso de los sectores y personas que se benefician con el actual estado de cosas. En este sentido, esta posición asume elementos de las dos posturas anteriores pero las subsume en una visión y en un planteamiento superior, más objetivo y más crítico.

Por un lado, la absolutización de los acuerdos y sus logros en términos de democratización no sólo es limitada y superficial, y en algunos casos hasta ideologizada, sino también peligrosa políticamente en cuanto estimula prácticas y actitudes conformistas, además de que pretende deslegitimar de entrada toda acción de los grupos que buscan superar lo negativo de la actual situación. Por otra parte, la descalificación total del valor histórico de los acuerdos y las transformaciones que han propiciado sobre todo en el ámbito político implica también falta de objetividad por cuanto supone una actitud negativista que, además, políticamente, no suscita dinamisismos de transformación y lucha, sino únicamente actitudes de protesta, negación y culpabilidad sin proponer caminos de superación de lo negativo que afirmen a la vez lo que de positivo tiene la actual situación.

La postura realista considera que una praxis liberadora, en la actual situación, supone la puesta en marcha de un proceso que va creando afirmaciones, las cuales a su vez deben ser superadas. Es un dinamismo positivo que se apoya en última instancia en la

intolerancia de mal y de lo negativo juzgado desde un horizonte ético de plena positividad (utopía). Se trata de desatar una praxis que niegue lo negativo y afirme lo positivo de una situación, buscando a la vez la superación de lo positivo afirmado en una nueva situación. Supone que en una realidad dada lo negativo, lo positivo y lo superable no son disociables, pero que su negación, afirmación y superación llevan a una realidad distinta.

Esto supone un diagnóstico adecuado de la situación, bajo el supuesto de que los planteamientos que no tienen en cuenta el diagnóstico preciso y objetivo, se arriesgan a profundizar el mal o lo negativo o paliar sus manifestaciones. Supone también que las soluciones no se alcanzan en un sólo momento y de inmediato, sino que implican un largo proceso de negaciones y afirmaciones dentro del dinamismo de la negación de la negación originado y fundamentado en y por la praxis.

El mal fundamental en la actual situación del país está originado en la injusticia estructural y la violencia institucional que la acompaña. Los acuerdos de paz no han erradicado esta negatividad fundamental, pero positivamente han abierto ciertos espacios que deben ser afirmados y aprovechados para impulsar las acciones adecuadas que lleven a su negación y superación dentro de una nueva realidad que responda y satisfaga las necesidades y las aspiraciones de justicia y libertad de las mayorías oprimidas. Se trata de sacarle provecho máximo a los "bonos" políticos que han ganado con la negociación las fuerzas sociales y políticas del campo popular para llevar adelante un proyecto de nación que rompa con el poder oligárquico y posibilite la democratización real del país, aún pendiente.

Se trata, evidentemente, de un proceso complejo y de larga duración que supone una amplia concientización, organización y movilización de las fuerzas del campo popular comprometidas con la liberación, y que deben orientar su acción por la realidad en su negatividad, desde un referente utópico. Es este horizonte utópico de plena positividad lo que determina el "deber ser", tanto lo que debe ser negado como lo que debe ser afirmado en cada momento en el proceso de superación de la actual situación. Sin este ideal utópico no puede darse la toma de conciencia de que algo puede ser superado y no se pueden discernir las posibilidades reales de

transformación en una línea distinta a la que le quieren imprimir los sectores dominantes.

La extensión y profundización de la desigualdad y la pobreza, el aumento de la violencia en todas sus dimensiones y la oligarquización del poder dentro del actual esquema democrático formal, hace necesario que se haga una adecuada valoración del alcance y los logros de los acuerdos de paz, sin caer en optimismos, pragmatismos y negativismos que bloquean la intelección de la realidad más allá de sus apariencias y, por ende, la realización de las acciones adecuadas que lleven a su transformación y superación.

